

INTRODUCCION.-

La organización y la desorganización social no son sino - dos aspectos complementarios de cada sociedad. Decía uno de los pioneros de la sociología norteamericana que toda ciudad está - siempre haciéndose y deshaciéndose, y lo mismo podríamos afirmar de toda sociedad, siempre está organizándose y desorganizándose. A decir verdad, durante décadas, la sociología ha estado debatiéndose entre los dos enfoques aparentemente contradictorios - del orden social y el conflicto social como explicativos de la sociedad.

El sociólogo alemán Ralph Dahrendorf, uno de los pocos sociólogos que han triunfado en política, resume ^{así} estos dos enfoques. [REDACTED]

[REDACTED] Las tesis de la teoría del consenso serían las siguientes: 1) Tesis de la estabilidad: toda sociedad es un sistema "relativamente" constante y estable de elementos; 2) Tesis del equilibrio: toda sociedad es un sistema equilibrado de elementos; 3) Tesis del funcionalismo: cada elemento dentro de la sociedad contribuye al funcionamiento de ésta; 4) Tesis del consenso: cada sociedad se mantiene gracias al consenso de todos sus miembros acerca de determinados valores comunes. Por el contrario, las tesis de la teoría de la coacción serían: 1) Tesis de la historicidad: toda sociedad y cada uno de sus elementos está sometido en todo tiempo al cambio; 2) Tesis de la explosividad: toda sociedad es un sistema de elementos contradictorios en sí y explosivos; 3) Tesis de la disfuncionalidad y productividad: cada elemento dentro de la sociedad contribuye a su cambio; --- 4) Tesis de la coacción: toda sociedad se mantiene gracias a la coacción que algunos de sus miembros ejercen sobre los otros.

Hace ya cinco años, en mi libro Sociología: Entre el Funcio-

nalismo y la Dialéctica, intenté demostrar que estos dos enfoques son parciales e incompletos, pero complementarios, ya que cada uno explica solo una parte de la realidad social. El enfoque que yo defendía y defendiendo pretendía ser una síntesis, no artificial, sino real, basada en las siguientes hipótesis. En primer lugar, creo que todo sistema social puede ser considerado como un sistema más o menos cerrado, pero no totalmente cerrado, ya que tiene que estar -- abierto a su medio_ (sin el cual sería imposible su supervivencia). En segundo lugar, el análisis de un sistema social requiere la consideración de sus partes en relación con el todo y entre sí. En tercer lugar, las partes de un sistema social son susceptibles de ser doblemente consideradas como "partes" (en virtud de su contribución al mantenimiento de un cierto equilibrio, es decir, en virtud de la función que cumplen para el sistema), y como "elementos" (en virtud de su oposición y conflicto con otras partes del sistema o de fuera del sistema, y por consiguiente, en su calidad de agentes portadores o introductores de cambio social). Cuarto, y en base a los tres supuestos anteriores, creo que todo sistema social constituye un equilibrio inestable, un equilibrio cambiante que se aproximará más o menos a cualquiera de los dos polos de ese continuo, según cual sea el grado de perfeccionamiento en las relaciones de ese sistema social con su medio; en otras palabras, todo sistema social tiende hacia el equilibrio en sus relaciones con el medio, pero nunca alcanza un equilibrio total debido a que el medio es siempre cambiante. Y, finalmente, pienso en consecuencia que el orden social no se debe exclusivamente al consenso ni a la coacción, sino a una combinación de ambos; toda sociedad requiere un mínimo de consenso, pero también exige un cierto grado de coacción, si es que ha de existir un sistema en absoluto.

Quede claro pues, desde el principio, que en mi modesta opinión toda sociedad presenta un cierto grado de estabilidad, de organización social, de consenso, pero también un cierto grado de cambio, -

de desorganización social, de conflicto. El cambio social no es pues, como pretenden algunos, un proceso entre dos situaciones - de organización social, sino una característica de toda sociedad en todo momento. Vuelvo a repetirlo, toda sociedad está siempre - organizándose y desorganizándose. Lo que diferencia a unas sociedades de otras, o a una misma sociedad en dos momentos diferentes del tiempo, es el grado, la intensidad, la amplitud y el ritmo del cambio social que se esté produciendo. Por ello, en una época como la que nos ha tocado vivir, caracterizada casi ~~unívocamente~~^{salmente} por un cambio social crecientemente acelerado, no parece ~~precioso~~ - justificar la necesidad de estudiar un tema como el del comportamiento colectivo en situaciones de desorganización social, es decir, en situaciones de cambio social amplio, intenso y rápido como el actual.

Pero además, si he dicho antes que el orden social se basa en cierta dosis de consenso y en cierta dosis de coacción, y si se acepta por tanto que toda sociedad se mantiene no sólo por la -- coacción que algunos de sus miembros ejercen sobre otros, sino también por el consenso de todos (o la mayoría) de sus miembros acerca de determinados valores comunes, entonces no cabe duda de que la necesidad de estudiar la relación entre el comportamiento colectivo en situaciones de desorganización social y la defensa nacional no es una cuestión artificial. La defensa nacional consiste - precisamente en la defensa de ese consenso acerca de determinados valores comunes, lo cual no implica la defensa de ésta o aquella ideología, de ésta o aquella forma de gobierno, sino la defensa - de la comunidad nacional. La comunidad, decía el Excmo. Sr. Teniente General Director del C.E.S.E.D.E.N. (hoy Vicepresidente del Gobierno para Asuntos de la Defensa), al clausurar el XI Ciclo Académico, "es el ámbito geográfico y espiritual de todos los hombres que se hallan ligados entre sí por lazos históricos, culturales y

espirituales, y organizados bajo leyes políticas, económicas, so
ciales y de todo orden". Y continuaba, "una comunidad en abstraco
to no presupone primariamente una ideología ni un sistema político
determinado. Ella existe también para cuantos soportan o pueden
soportar los mismos riesgos de catástrofe, ataques del medio
ambiente y de otros hombres. La Comunidad es como un barco en -
que todos viajan, y a todos atañe la pervivencia del buque y la
buena marcha de su navegación".

El Comportamiento Colectivo

Para algunos autores, hablar del comportamiento colectivo en situaciones de desorganización social sería hasta cierto punto redundante, ya que, según uno de ellos, "una sociedad que cambia se caracteriza por el comportamiento colectivo, que constituye la substancia misma del cambio social". Otro llegaría a afirmar que "el comportamiento colectivo no solo es un signo de cambio social, sino también un índice de desorganización social". En efecto, parece que tanto el comportamiento colectivo como el cambio social responden a la pérdida de vigencia de un cierto orden social, que al dejar de ser aceptado, carece de fuerza para imponer a sus miembros ciertos papeles sociales o pautas de comportamiento más o menos tradicionales.

Park y Burges probablemente fueron los primeros en definir el comportamiento colectivo como el "comportamiento de individuos bajo la influencia de un impulso que es común y colectivo, un impulso, en otras palabras, que es el resultado de la interacción social".

Ahora bien, si es cierto que en la situación de comportamiento colectivo el individuo puede desviarse (y de hecho se desvía) de las pautas de comportamiento tradicionales en su sociedad, dejándose llevar de sus impulsos, no es menos cierto que estas rupturas con los mecanismos de control social son solo temporales y parciales de forma que el individuo continúa conformándose a muchas otras pautas de comportamiento socialmente establecidas. En otras palabras, el comportamiento colectivo es igualmente social, pues surge de la interacción social y de alguna forma se somete a muchas otras normas sociales. De acuerdo con ello, habrá que ocuparse de los factores sociales que subyacen al comportamiento colectivo, y no de los factores individuales. Y, previamente a la consideración de esos factores sociales, conviene no olvidar que el comportamier

to colectivo, como todo comportamiento humano, presupone una base simbólica, es decir, presupone el hecho incuestionable de que el ser humano es el único ^{ser} vivo capaz de crear, transmitir y acumular símbolos. Estos símbolos, (como dice Merrill) "pueden ser la bandera, la cruz, un santuario o cualquier otra cosa material, pero, en general, residen en la mente en forma de frases hechas, fórmulas y consignas, o de creencias, prejuicios y suposiciones".

Considerando las bases sociales del comportamiento colectivo, existe un acuerdo bastante general en que su forma más sencilla y elemental es la "inquietud social". Esta inquietud social resulta siempre de una situación de cambio social que, desde el punto de vista individual puede experimentarse como un cambio en su status social tradicional, transformación de las estructuras sociales, cambio en los sistemas de valores, etc. En cualquiera de esos ejemplos de cambio social, el individuo descubre que ya no puede guiarse por las normas y valores tradicionales, que todo se le vuelve desconocido. Y conste que no me refiero a situaciones revolucionarias en las que, por supuesto, los cambios son más bruscos. Me estoy refiriendo a situaciones de cambio social rápido pero pacífico. Pues bien, aún en estos casos, el individuo puede sentir que las transformaciones que se producen a su alrededor, y que le afectan más o menos directamente, implican que las normas y pautas de comportamiento que habían sido válidas hasta entonces, han dejado de servirle para adaptarse a la nueva situación. Es natural que estas transformaciones le hagan sentirse intranquilo, inquieto, es natural que produzcan una cierta ansiedad y, en ocasiones, incluso miedo.

Toda época de transición, de cambio de estructuras sociales, necesariamente provoca en muchos individuos esa sensación de inquietud y ansiedad generalizada, que parece exigir del individuo la necesidad de hacer algo, aunque no se sepa muy bien que es lo que haya que hacer.

Sarnoff y Zimbardo, en un interesante trabajo sobre la influencia del miedo y la ansiedad sobre la afiliación social, han puesto de relieve que "el miedo surge cuando las personas se ven confrontadas por un objeto o acontecimiento externo inherentemente peligroso y susceptible de producir daño. Solo un tipo de respuesta abierta puede reducir ampliamente nuestro miedo: separarnos de los aspectos amenazantes del objeto temido, huyendo de él, o bien conquistar el objeto". En otras palabras, solo quedan dos alternativas, escapar o atacar.

Por el contrario, la ansiedad surge como consecuencia de estímulos que, objetivamente considerados, son inocuos. Por ello el individuo tiende a reprimirlos, preocupándose más por su auto-control interno que por el objeto provocador de su ansiedad.

Estas diferencias entre miedo y ansiedad tienen sus repercusiones sobre las tendencias afiliativas de los individuos. Así el individuo que siente ansiedad tenderá a aislarse de los demás, pues consciente de la impropiedad de sus sentimientos, se resistirá a comunicárselos a otros. Pero el individuo que siente miedo, al verse amenazado por un objeto externo concreto, tenderá a agruparse para mejor luchar con ese objeto. Y recuérdese que no es preciso que el objeto amenazante exista realmente, basta con que el individuo crea que existe para que tenga las mismas consecuencias que si existiera.

La diferencia entre ansiedad y miedo es muy sutil, pero extraordinariamente importante a efectos del comportamiento colectivo. En efecto, y siguiendo con la línea de razonamiento anteriormente expuesta, toda situación de cambio social, de transición y transformación de estructuras sociales generará una cierta dosis de inquietud social que, a falta de objetos amenazantes concretos, se plasmará en una situación mas o menos generalizada de ansiedad. Esta situación de ansiedad, como he señalado, lleva al individuo mas

al aislamiento que al agrupamiento pues, en cierto modo, el individuo se siente como avergonzado e incómodo por sentir esa sensación de ansiedad, que procurará reprimir. Ahora bien, si en esa situación generalizada de ansiedad alguien descubre o señala la existencia de un objeto exterior amenazante para el individuo, éste reconvertirá su sensación previa de ansiedad en una de miedo, que ya no tiene que ser reprimida. En esta nueva situación el individuo buscará una respuesta adecuada, la huida o el ataque, pero en cualquier caso buscará la inter-comunicación con otros individuos, buscará agruparse con otros para enfrentarse al objeto exterior amenazante.

La inestabilidad social que provoca todo cambio social, por consiguiente, se manifiesta en una cierta inquietud social que, a nivel individual, se puede traducir en una inseguridad personal en forma de ansiedad o miedo. En el supuesto de ansiedad el individuo tenderá a reprimir sus sensaciones y buscará el aislamiento, lo que implica evidentemente un cierto grado de frustración. En el supuesto de miedo el individuo buscará la solidaridad con otros para enfrentarse a aquello que le amenaza concretamente, y o bien es capará o atacará; si escapa, es razonable pensar que se sentirá frustrado además de inseguro; solo si ataca y vence volverá a lograr cierta seguridad personal.

Pero, tanto en el supuesto de la ansiedad como en el del miedo, la inquietud se extiende por la colectividad a través de lo que se conoce bajo el término de "reacción circular".

La inquietud social, (dirán Park y Burges) "representa simultáneamente la ruptura de las rutinas establecidas y la preparación para las nuevas formas de acción colectiva....La inquietud social primero se transmite, adquiere forma después en las multitudes y los movimientos de masas y, finalmente, cristaliza en instituciones".

Pero, antes de describir los diferentes tipos de comportamiento colectivo quiero dejar claro que en la anterior descripción no se pretende enjuiciar negativamente la inquietud social. En efecto, el cambio social, como dije al principio, existe en toda sociedad, y se traduce en una inquietud social como consecuencia de la ruptura de rutinas tradicionales. Pero esta inquietud social no es rechazable en sí, puesto que es el estímulo que llevará a la búsqueda de nuevas respuestas, de nuevas instituciones sociales. Lo que sucede es que, a veces, la inquietud social puede generar ansiedades y miedos que provoquen conflictos, generalmente por falta de cauces para que la inquietud social produzca los resultados positivos de ayuda a encontrar nuevas normas e instituciones sociales.

Tipos de Comportamiento Colectivo

La mayor parte de los autores, al referirse a los tipos de comportamiento colectivo, suelen ser bastante unánimes en citar cuatro: las multitudes, los públicos, las masas y los movimientos sociales.

Posiblemente fuese Gustavo Le Bon el primer en referirse a la importancia de la multitud o muchedumbre como fenómeno social característico de la sociedad industrial. Sin embargo no fue Le Bon, sino Tarde, en 1898, quien primero diferenció entre multitud y público. En efecto, según este autor, la multitud está limitada por la longitud hasta la que alcanza la voz o por la distancia que puede cubrir la vista, mientras que el público, producto de la prensa escrita, "presupone un estadio superior de desarrollo social en el que las sugerencias se transmiten en forma de ideas y en el que se produce contagio sin contacto".

(Para Park y Burges) la multitud es una reunión fortuita de individuos entre los cuales existe una circunstancia de afinidad. Esta afinidad implica, (según los citados autores) "la existencia de una concordancia mutua por la que cada miembro del grupo reacciona inmediata y espontáneamente compartiendo los sentimientos y actitudes de todos los demás.

Proximidad física y afinidad constituyen, pues, los elementos esenciales de la multitud. La concordancia y la conformidad resultan de que participan en la misma cultura y de los mismos símbolos. La multitud es, por su propia naturaleza, poco estable en el tiempo (puesto que requiere proximidad física), y surge como consecuencia de algún estímulo, generalmente simbólico, que conduce a una cierta uniformidad en el comportamiento de los individuos. Blumer, a este respecto, señala que "la interacción de la multitud anula los papeles y diferencias de los individuos y une a estos apelando a unas pocas emociones simples".

La multitud puede adoptar diferentes formas de comportamiento, desde la agresividad activa a la resignación pasiva o a la defensa conjunta frente al miedo. Merrill señala, a este respecto, que "tanto si el peligro toma la forma de la peste negra, como si se trata de un bombardeo atómico, los hombres encuentran alivio en el estrecho contacto físico y emocional con sus semejantes".

El individuo que se encuentra formando parte de una multitud se ve presionado a adoptar el comportamiento uniforme que se le impone, hasta el punto de que quien se siente discrepante no se atreve a expresarlo, por temor a la reacción posiblemente hostil de los demás. Esta es la razón por la que las multitudes no pueden tomarse como indicadores de voluntad popular, ya que la excitación colectiva inhibe a muchos de expresarse libremente, pues cada uno de los que discrepa piensa que es el único en hacerlo, lo cual produce una falsa impresión de concordancia total o de unanimidad. En la multitud son los comportamientos extremos, y no los moderados, los que parecen tener mayor respaldo, muy al contrario de lo que suele suceder en los públicos, a los que luego me referiré, donde las opiniones son más matizadas, menos excitadas, más reflexivas y menos emocionales. Lo anterior es importante en estos momentos, pues algunos pueden confundir la voluntad popular con los gritos, sin caer en la cuenta de que son las consultas periódicas y secretas, y no las multitudes de votación a mano alzada, las que parecen reflejar mejor la voluntad del pueblo.

En la multitud, por consiguiente, no es tan importante el número de participantes como la relación en que se encuentran, que muy generalmente produce una falsa impresión de consenso total. La multitud es fácilmente emocionable y excitable si se manipulan adecuadamente los estímulos simbólicos adecuados, lo que permite hacerla pasar fácilmente a la acción, acción colectiva y anónima. Por todo ello, todos los especialistas coinciden en destacar la importancia del líder en las multitudes aunque ello no significa que, necesariamente, todas las multitudes deban tener un líder. El líder

de multitudes, cuando existe, suele ser el manipulador de esos es t́mulos simb́licos para encauzar la acci3n de la multitud hacia determinados objetivos.

Existen, como ya he seńalado, diferentes tipos de multitudes. La clasificaci3n mas utilizada es la que distingue entre multitudes activas y multitudes expresivas. Las multitudes activas, o multitudes propiamente dichas, dirigen su acci3n hacia un objeto exterior, con intenciones agresivas o afectivas, pero en todo caso suelen caracterizarse por una orientaci3n absolutista y dogmática, dicotomizando todo objeto exterior bajo el calificativo de bueno o malo, amigo o enemigo, merecedor de afecto y lealtad o de odio y rencor. La multitud activa no es reflexiva, sino que se guía por toda clase de prejuicios, slogans, t3picos y consignas favorables o desfavorables, segun el caso, y por supuesto, cree estar siempre en posesi3n de toda y la única verdad. La multitud expresiva, por el contrario, no vuelca su actividad hacia un objeto externo sino hacia sí misma, y tiene la funci3n primordial de liberar a sus componentes de tensiones y frustraciones. Este tipo de multitudes, al actuar, sirven de válvulas de escape institucionalizadas para las inhibiciones de sus componentes, y sus formas más corrientes son las fiestas o diversiones colectivas y las ceremonias religiosas.

Dewey y Humber diferencian entre multitudes concretas, que serían equivalentes a las activas, y multitudes abstractas, que no se corresponden con las expresivas, sino que serían el potencial latente a partir del cual surgirá la multitud activa o concreta. En otras palabras, las multitudes abstractas, si se da el estímulo adecuado, pueden convertirse en concretas o activas.

Para otros autores, finalmente, cuando las multitudes expresivas se hacen mas o menos permanentes, cuando se hacen crónicas nos encontramos en presencia de las sectas.

En cuanto al público, como otra forma de comportamiento colectivo, ya he señalado que se caracteriza por la reflexión y la opinión, y no por la emoción y la excitación. Un público (dirán Lary y Lang) "está formado por todos los que opinan de distintas maneras acerca de una cuestión y que, por tomarse interés en ella, piensan y hablan activamente sobre la misma". Las sociedades contemporáneas, caracterizadas por el pluralismo social, exhiben la existencia de muy diversos públicos, tantos como cuestiones despiertan el interés de los ciudadanos. Esa es la razón por la que no es razonable hablar, propiamente, de la opinión pública, si no de las opiniones públicas. La existencia de públicos diversos presupone la tolerancia social para que las diferentes cuestiones se puedan discutir públicamente, valga la redundancia. En un reciente libro sobre Los Españoles y la Opinión Pública he tenido ocasión de analizar algunas de estas cuestiones para nuestro país durante la década 1965-1975, y allí afirmaba que, al estudiar una opinión pública, siempre se debe conocer su dirección y su intensidad; su contexto, su estabilidad, su contenido informativo, su organización con otras opiniones, su consistencia, su componente de acción política y su importancia, todo ello en relación con los diferentes subgrupos de ciudadanos. En definitiva, y en contraste con el comportamiento multitudinario, puede aceptarse con Merrill que "el gobierno democrático se funda en los siguientes supuestos relacionados entre sí: a) que la mayoría de los ciudadanos se conducirán como público en cuestiones comunes de importancia; b) que llegarán a sus conclusiones con razonable inteligencia y tolerancia; c) que expresarán sus opiniones por medio del voto".

En cuanto a las masas, no cabe olvidar la gran perspicacia de nuestro Ortega y Gasset cuando, adelantándose a muchos, dedicó una de sus obras más importantes precisamente a La Rebelión de las Masas como característica de nuestra época. Kornhauser, en su famoso libro sobre La Política en la Sociedad de Masas, elaboró una clasificación en base a dos variables dicotomizadas que, a

pesar de ciertas críticas, sigue siendo útil. Así, según que las minorías sean o no fácilmente accesibles y según que las mayorías sean o no fácilmente manipulables, clasifica a las sociedades en cuatro tipos: a) comunal o tradicional, en la que las minorías no son accesibles pero las mayorías no son manipulables; b) totalitaria, en la que las minorías no son accesibles y las mayorías son manipulables; c) de masas, en la que las minorías son accesibles y las mayorías son manipulables, y d) pluralista, en la que las minorías son accesibles y las mayorías no son manipulables. Es obvio que la sociedad pluralista constituiría el ideal de una sociedad democrática, aunque lamentablemente muchas democracias se asienten sobre un sustrato social mas próximo a la sociedad de masas, con minorías accesibles, sí, pero con mayorías fácilmente manipulables generalmente a través de los medios de comunicación de masas.

La sociedad de masas, (para Wilensky) "es un sistema social en el cual la interacción se desarrolla entre mayores números de personas, a mayores distancias y en organizaciones mas complejas que nunca". Se diferencia de la multitud por su falta de proximidad física, y del público por su falta de capacidad reflexiva antes de actuar. Lang y Lang diferencian entre masa no cualificada, masa alienada y masa agregada (siendo ésta última la que suele ser centro de atención de los medios de comunicación). Por su parte, Blumer afirma que la masa se caracteriza por su diferenciación interna o heterogeneidad, por su anonimato, por la falta de interacción entre sus miembros y por su falta de organización. Otras características, apuntadas por diversos autores serían la de su gran número de miembros y dispersión geográfica, su orientación igualitaria, su homogeneidad cultural (que contrasta con su heterogeneidad social), y su desprecio por la tradición.

Finalmente, los movimientos sociales constituyen el último tipo de comportamiento colectivo al que quiero referirme. Los movimientos sociales se diferencian de los otros tres tipos en cuanto a su mayor magnitud en todos los órdenes; por el número de individuos que participan en ellos, por su dispersión transnacional, por su larga duración temporal, y por la amplitud de cambios que se proponen. Así, para Blumer, son "intentos colectivos de establecer un nuevo orden social", y para Smelser "intentos colectivos de restaurar, proteger, modificar o crear valores en nombre de una creencia general".

La principal característica de los movimientos sociales es la de basarse en una ideología, en el sentido que a este término dio Mannheim, y que incluye, (según Blumer) "una exposición de objetivos, propósitos y premisas del movimiento, un conjunto de críticas y condenación de la estructura existente que el movimiento ataca y se propone cambiar, una doctrina de defensa que sirve de justificación del movimiento y de sus objetivos, un conjunto de creencias en cuanto a políticas, táctica y funcionamiento práctico del movimiento; y sus mitos".

La existencia del mito es esencial para el movimiento social, pues constituye su principal aglutinante, de forma que, como se ha señalado, "cuando la mayoría creen en el mito, es innecesario recurrir a un complicado sistema de controles formales; pero cuando empieza a perder fe en él, ni toda la policía del mundo podría mantener la estructura social". Entre los diferentes movimientos sociales, unos pretenden reformar el mito existente, pero las revoluciones pretenden derrocar el mito existente y sustituirlo por otro.

Hasta aquí, pues, una breve descripción de las cuatro formas más características de comportamiento colectivo. Examinemos ahora algunos ejemplos concretos.

Comportamiento Colectivo y Desorganización Social

Son muchos y muy variados los ejemplos que se podrían exponer aquí sobre diversas formas de comportamiento colectivo en situaciones de desorganización social. Pueden clasificarse arbitrariamente, no obstante, en cuatro tipos: los disturbios (asimilables a multitudes activas, agresivas), las muchedumbres (asimilables a multitudes expresivas), los pánicos (más instantáneos en el tiempo) y los terrores colectivos (de mayor duración temporal).

Entre los disturbios o multitudes activas y agresivas, las más corrientes son algunas manifestaciones callejeras de signo violento, en las que se pretende el asalto a algún edificio o la realización de algún fin concreto, generalmente ilegal. No hay que confundir aquí las manifestaciones pacíficas, que generalmente se parecerían más a las multitudes expresivas. Disturbios típicos, en sociedades más violentas que la nuestra, serían los enfrentamientos entre grupos raciales o étnicos distintos, los linchamientos o lapidaciones a cargo de multitudes incontraladas, los enfrentamientos violentos de grupos sociales urbanos con fuerzas de orden público, ciertas actuaciones reivindicativas y violentas de grupos campesinos, etc. Los levantamientos populares, estilo 2 de mayo, tendrían que ser igualmente incluidos aquí.

En general, las principales características de todos estos disturbios parecen ser las de originarse como consecuencia de un estímulo exterior que despierta ciertas emociones de signo violento en los individuos hacia un determinado objeto externo. En general son de corta duración, aunque algunos disturbios pueden durar varios días (piénsese por ejemplo en los sucesos acaecidos hace algunos años en ciertas Universidades norteamericanas, o en los sucesos del mayo francés del 68, en ciertos conflictos y enfrentamientos callejeros entre grupos raciales, o en algunas explosiones de violencia en zonas urbano-industriales). No es preciso aclarar, creo, que cuando un disturbio se generaliza y extiende en el espacio y en el tiempo puede pasar a convertirse en un movimiento social de carácter revolucionario. Los disturbios pueden tener o no líderes desde su comienzo, pero es casi seguro que (salvo disturbios de muy corta duración), los disturbios que comienzan sin líderes los adquieren sobre la marcha, pues éstos surgirán casi sin lugar a dudas.

Las muchedumbres o multitudes expresivas son de índole muy distinta, como ya tuve ocasión de decir. Ejemplo típico de este tipo de comportamiento colectivo serían las fiestas y festejos públicos (romerías, bailes populares, verbenas), ciertas manifestaciones religiosas (proce-

ciones, rosarios y oraciones colectivos, peregrinaciones, etc.) en general los espectáculos deportivos (fútbol, boxeo, etc.) y otros asimilados, como los toros y por supuesto las audiciones musicales colectivas (sesiones de jazz, y, más modernamente, festivales "pop"). En este tipo de multitudes el individuo busca, evidentemente, dar rienda suelta a muchos impulsos reprimidos amparándose en el anonimato, y en esto no se diferencia de la multitud activa-agresiva, pero, a diferencia de ésta, no existe un objeto externo hacia el que se dirija la acción. En general, estos comportamientos constituyen válvulas de escape, suelen ser de corta duración, pero tienen por supuesto también el riesgo de convertirse, en un determinado momento, en multitudes activas y agresivas, como muy bien saben los agitadores profesionales. Todo depende de que alguien aproveche la excitación existente, manipule adecuadamente ciertos estímulos simbólicos y dirija a la multitud hacia un objeto externo determinado. Los enfrentamientos entre seguidores de uno y otro equipo en ciertos encuentros de fútbol, o la persecución y agresión a jugadores y jueces en ciertas ocasiones, son hechos tan lamentables como ciertos. La violencia que se genera en algunos carnavales, como el de Río de Janeiro, constituirá otro ejemplo de lo anterior.

Existen otros tipos de comportamiento colectivo que pienso merecen ser estudiados aparte, y que generalmente se podrían encuadrar en el de las multitudes activas, aunque, a diferencia de los disturbios no son agresivos, sino por el contrario defensivos. Me refiero a los pánicos, constituidos por comportamientos colectivos basados en el miedo que, en lugar de manifestarse atacando lo hacen escapando. La excitación emocional, el carácter incontrolado del comportamiento, solo tienen por objetivo el ponerse a salvo. Este es el comportamiento que se observa en cualquier tipo de catástrofe, como los incendios en edificios, los terremotos, las inundaciones, las erupciones volcánicas, las catástrofes ferroviarias y en general de transportes, etc. Su duración no suele ser muy larga, y generalmente dan lugar a la aparición de líderes que suelen asumir la responsabilidad de poner a salvo a la multitud. Existen sin embargo diferencias entre unos y otros pánicos. Así, uno de los más conocidos y comentados (recientemente ha vuelto a ser de actualidad a causa de un programa de TV), es el de la famosa emisión de H.G. Wells sobre la invasión de los Estados Unidos por los marcianos. En su análisis de este fenómeno, Cantril señala que de los seis millones de personas que aproximadamente escucharon el programa, un millón se asustaron o afectaron de una u otra forma, rezando, llorando, huyendo desesperadamente. El autor citado clasificó a los radioyentes

de este programa en los siguientes grupos: 1) los que contrastaron la evidencia interna de la emisión; 2) los que contrastaron la emisión con otras informaciones y averiguaron que era una ficción; 3) los que intentaron contrastar el programa con otras informaciones pero, por razones diversas, continuaron creyendo que la emisión era un programa informativo auténtico; y 4) los que no intentaron comprobar la emisión o el acontecimiento.

Claro que, en general, la reacción del público en esa ocasión, en 1938, no se revolvió contra los organizadores del programa, cosa que por el contrario sí sucedió en Quito, Ecuador, en 1949, cuando, según informó la prensa después, "una muchedumbre exaltada que rociaba gasolina y bolas de papel en llamas tomó venganza la noche pasada del pánico causado por una dramatización radiofónica tipo-Orson Welles de una "Invasión de Marte". La multitud atacó y quemó el edificio del diario, - Comercio, en el que estaba localizada la emisora de radio, y mató a quince personas e hirió a otras quince..."

Otros pánicos no tienen reacciones tan inmediatas, tipo estampida, sino que provocan reacciones más reposadas, aunque siempre defensivas. Ejemplo de ello sería el comportamiento de 135 miembros de la Iglesia de la Buena Palabra, quienes, un 4 de julio de hace algo más de diez años, y respondiendo a cierta profecía sobre amenaza de destrucción nuclear, se encerraron en refugios antirradiactivos y subterráneos durante 42 días y noches, al cabo de los cuales, y puesto que el desastre no parecía producirse, abandonaron sus refugios.

Otros pánicos tienen un primer efecto inmediato y otros más retardados, como se puede observar en el relato de Michihiko Hachiya en su diario de Hiroshima.

Lo que he venido a denominar terror colectivo es un conjunto de situaciones similares a los pánicos, pero menos explosivos y sin embargo mucho más atormentantes para el individuo, por su mayor duración. Provocan también reacciones colectivas basadas en el miedo, y participan de muchas de las características de las ya mencionadas. Los relatos sobre campos de concentración en la Alemania nazi son muy numerosos, y entre sus conclusiones podrían citarse algunas que destacan de manera especial: a) el carácter traumático de los primeros días, que actuaba como principio de selección entre los que elegían sobrevivir y los que no (estos últimos aniquilaban la realidad o a sí mismos); b) la creación de mecanismos de bloqueo para protegerse de otras experiencias traumáticas (como la frigidéz emocional o la despersonalización); c) la tendencia a -

comportamientos regresivos; d) el refugio creciente en la fantasía - con casi absoluto desprecio de la realidad; e) y la identificación con el agresor como último mecanismo de defensa, de adaptación pasiva.

Más recientes son todavía los relatos sobre el terror colectivo en Orán a causa de las actuaciones del Ejército Secreto, o el de los programas de indoctrinación china para prisioneros de guerra, o los programas de "reforma del pensamiento" a que los individuos son sometidos en China Comunista. Por lo que respecta a los programas chinos de indoctrinación, consistían principalmente en la supresión de todos los soportes de creencias, actitudes y valores, mediante ataques directos o indirectos, y posteriormente, en la obtención de colaboración mediante recompensas y castigos. Las técnicas más utilizadas eran la repetición, el escalonamiento gradual de exigencias, la participación constante, - la inserción de ideas nuevas en contextos antiguos y significativos, las recompensas y castigos, y otros trucos manipulativos.

En cuanto a los programas de reforma del pensamiento en la propia China, parece que se componen de tres grandes etapas: la de identificación con el grupo, la de conflicto emocional y la de la confesión final, que por supuesto es pública.

Sin embargo, el auténtico terror de nuestro tiempo es el - "miedo atómico". En efecto, desde Hiroshima y Nagasaki hemos comenzado una nueva era de la humanidad en la que ésta ha adquirido, por primera vez, la capacidad de autodestruirse totalmente. La diferencia entre la capacidad destructora de las armas atómicas y cualquiera de las no-atómicas, no es una diferencia cuantitativa, sino una diferencia cualitativa. Un informe de 1958 sobre las consecuencias de un posible ataque nuclear sobre 71 áreas urbanas de los Estados Unidos estimaba en 70 millones las víctimas humanas; en la actualidad, casi veinte años después, la capacidad destructora sería mucho mayor. La mayoría de estos informes se centran en describir con bastante detalle los efectos destructivos, térmicos y radiactivos sobre las estructuras físicas y sobre el ser humano, pero pocos de los citados informes se refieren al efecto psicológico que esa amenaza constante pueda estar teniendo sobre el comportamiento de nuestras poblaciones. Y no me refiero solo al temor sobre los efectos inmediatos de un ataque nuclear, sino precisamente a los efectos más o menos permanentes ya existentes y crecientes, como el aumento de radiactividad en la atmósfera, el desarrollo de enfermedades como la leucemia, e incluso, al parecer, el peligro de mutaciones.

Gunther Anders ha resumido sus ideas sobre las implicaciones morales de la Era Atómica en veintidos tesis que, por supuesto, no voy a detallar aquí, pero de las que no puedo resistirme a citar algunas afirmaciones. En efecto, dicho autor parte de que el poder atómico ha convertido al ser humano en omnipotente, por su capacidad total de destrucción, pero por ello mismo le ha convertido en un ser totalmente impotente. Por otra parte, nos hemos convertido en utópicos invertidos, puesto que, mientras los utópicos corrientes eran incapaces de producir lo que podían visualizar, nosotros parecemos incapaces de visualizar lo que estamos realmente produciendo. Si el stock actualmente existente de armas atómicas es ya más que suficiente para aniquilar a la humanidad, el aumento de la producción parece todavía más absurdo, y parece probar que los productores no parecen entender lo que están haciendo, ya que resulta imposible estar más muerto que muerto.

En cualquier caso, creo que es lícito preguntarse si sabemos lo suficiente sobre los efectos conscientes o inconscientes que esta nueva situación de amenaza colectiva constante de autodestrucción pueden estar produciendo en nuestros semejantes, y si muchos de los rasgos de nuestras sociedades, y en especial de las generaciones más jóvenes, no serán un resultado de este continuo vivir en el filo de la navaja, pendientes de un error tecnológico o humano que nos lleve a vivir la Hora Final. Creo sinceramente que los estudiosos e investigadores dentro de varias décadas tendrán más conocimientos de los que ahora tenemos sobre estos efectos, que muy posiblemente están generando grandes transformaciones sociales, y por consiguiente, comportamientos colectivos del tipo de los movimientos sociales a que antes me he referido.

Comportamiento Colectivo y Defensa Nacional

Naturalmente, todo lo hasta aquí dicho tiene implicaciones desde el punto de vista de la Defensa Nacional, y a esa tarea quisiera dedicar la última parte de mi intervención.

Examinadas las razones que explican la existencia del comportamiento colectivo, sus tipos y sus conexiones con la desorganización social, parece obvio deducir que un programa de Defensa Nacional debe incluir, de algún modo, no solo las cuestiones estrictamente militares, o las económicas, sino que debe plantearse también ciertas cuestiones sociales, y entre ellas, estas del comportamiento colectivo. Sea cual sea el sistema de valores desde el que uno parta, parece que, en principio, no se puede afirmar, como algunos creerían, que el comportamiento colectivo sea, en su conjunto, algo nocivo o pernicioso para un sistema social, algo que deba ser evitado. Creo haber mostrado suficiente evidencia de lo contrario, y por eso parece necesario hacer algunas matizaciones.

Para empezar, creo que se puede aceptar que la Defensa Nacional incluye, entre otras cosas, la defensa de ese consenso acerca de determinados valores comunes. En sociedades tradicionales más homogéneas, ese consenso se refiere a un volumen mayor de valores comúnmente aceptados, pero en sociedades modernas, urbano-industriales, plurales en definitiva, el consenso se refiere a un número más reducido de tales valores. Pues bien, esos valores, - precisamente por formar un núcleo reducido, tienen que ser protegidos, y entre los diversos modos de hacerlo, la educación formal parece ser uno de los mejores instrumentos para llevarlo a cabo. La educación para la convivencia, para la tolerancia, para el respeto mutuo, es posiblemente la mejor garantía para lograr un consenso en lo fundamental. Ya se ha dicho por voces más autorizadas

que la mía, la defensa de la comunidad no es la defensa de una ideología o de un sistema político concreto, sino que es algo más profundo.

Pienso que hoy sabemos lo suficiente sobre nuestras sociedades como para saber que e estructura y cambio, orden y con flicto, son parejas de conceptos que se autoimplican. Hoy so-- mos conscientes de que el cambio social es algo inherente a toda sociedad, y que toda transformación social genera tensiones y conflictos, genera esa inquietud social que, como he dicho, está en la base del comportamiento colectivo. La inquietud social puede provocar estados colectivos de ansiedad, pero hay que evitar que esa ansiedad se transforme en miedo para algunos grupos, y el mejor modo parece ser, una vez más, la educación para explicar las transformaciones. No hay miedo mayor que el miedo a lo desconocido. Por ello, una información y educación adecuadas sobre las transformaciones que se están produciendo, o se pueden producir, ayudará a reducir los estados de ansiedad y por consiguiente a eliminar muchos miedos infundados. En cualquier caso, debemos ser conscientes de que toda transfor mación social cristalizava, finalmente, en nuevas instituciones sociales, y así una y otra vez. Pero es evidente que algo ~~se~~ se puede decir y hacer también en relación con los diferentes tipos de comportamiento colectivo. Por ejemplo, una educación adecuada y una actuación en ocasiones a través de los medios de comunicación puede proporcionar defensas al individuo frente a su posible manipulación en multitudes. Un programa de edu cación ciudadana tiene que proponerse convencer a cada individuo de expresarse libremente aún cuando la presión de la multitud parezca impedirselo. En otras palabras, a través de la educación y un ordenamiento constitucional adecuado, se debe fomentar el comportamiento colectivo en forma de públicos, donde las diferentes opiniones se expresen con libertad y tolerancia

de las demás, haciendo así menos probable la ocurrencia de comportamientos multitudinarios. Allí donde existe la posibilidad de discutir libremente las opiniones, allí donde existen consultas electorales, el recurso a la algarada callejera tiene mucha menos fuerza social.

Siguiendo la anterior clasificación de Kornhauser, creo que todos estaríamos de acuerdo en que la sociedad comunal ya no es posible, pues pasaron totalmente las circunstancias históricas que la hicieron posible antes de la revolución industrial. Tampoco parece deseable una sociedad totalitaria. Por tanto nos quedan dos alternativas, o bien la sociedad de masas, con minorías fácilmente accesibles pero mayorías fácilmente manipulables, o bien una sociedad pluralista, en las que las minorías dirigentes sean fácilmente accesibles pero las mayorías no sean fácilmente manipulables. La diferencia entre una y otra está, pues, en la capacidad de manipular o no a las mayorías, es decir, en que éstas se comporten como masas (y en ocasiones a través de comportamientos multitudinarios), o como públicos, mediante la discusión, la reflexión y el voto. La existencia de una sociedad plural requiere por tanto, además de lo anterior, unos grupos intermedios que sean abiertos (voluntarios), pero fuertes. Pero la defensa de la comunidad exige que, junto a la protección y estímulo de dichos grupos, se excluya a aquellos grupos que atentan contra ese consenso básico de valores, y en concreto a los totalitarios (porque impiden el pluralismo), a los separatistas (porque atentan contra la unidad nacional) y a los terroristas (porque impiden la realización de una vida democrática basada en la discrepancia y el respeto mutuo).

Desde este punto de vista, la defensa de la comunidad exige la existencia de grupos políticos fuertes y abiertos formal y legalmente organizados que favorezcan una mayor participa

ción política de los ciudadanos, a través de un incremento de interés, de preocupación, de información y de actividad por cuestiones políticas. En resumen, es preciso lograr una cultura cívica participante, caracterizada por la lealtad, y no por la alienación ni por la apatía.

Unos ciudadanos educados para la convivencia y la tolerancia, participando activamente en la "cosa pública" a través de grupos políticos plurales, constituyen la mejor garantía de un consenso sobre los valores fundamentales, así como una cierta garantía frente a los comportamientos multitudinarios, que carecerán de fuerza y eficacia.

Por lo que respecta a las formas de comportamiento colectivo en situaciones de desorganización social, poco más queda que añadir. Así, en cuanto a los disturbios, todas las sociedades se protegen de ellos a través de instituciones sociales que garantizan el orden público y la paz ciudadana. Y respecto a las muchedumbres o multitudes expresivas, no parece necesario insistir en su doble función positiva para la comunidad, por una parte porque refuerzan los lazos de solidaridad, y por otra parte porque como válvulas de escape permiten la liberación de tensiones e inhibiciones reprimidas y acumuladas.

Pero, por lo que respecta a los comportamientos que he denominado pánicos, y algunos de los incluidos bajo el epígrafe de terrores colectivos, pienso que puede protegerse a la comunidad mediante campañas educativas e informativas adecuadas. La mayoría de las personas jamás se ven afectadas por un incendio, o por un terremoto, pero de hecho, cuando estas situaciones se producen, los pánicos resultantes se verían muy reducidos si los afectados estuviesen mejor informados sobre lo que sucede y puede suceder, y sobre lo que deben hacer. Recordemos la trágica experiencia de lo sucedido en el teatro Nove-

dades, o mas recientemente en ciertos almacenes. Los programas educativos en los diferentes niveles y modalidades pueden colaborar extraordinariamente en estos programas de protección civil sobre el comportamiento a seguir en estas situaciones, llegando incluso a los ensayos ficticios, por supuesto. Cada zona, cada región, tiene diferentes posibilidades de verse afectada por cada una de las formas de catástrofe. Por ello, vuelvo a insistir, el sistema educativo, el de la empresa, y las redes de comunicación, deben utilizarse para que el individuo sepa que hacer en caso de incendio, de accidente, de inundación, y por qué no, de ataque atómico. Cuando una situación, por difícil y desagradable que sea se ha ensayado repetidamente no solo se adquiere práctica respecto al comportamiento a seguir, sino que se pierde una fuerte dosis de ansiedad o temor, por haber dejado de ser desconocido. Todo ensayo anticipado, por otra parte, tiene otra importante función, como es la de poner de relieve hechos y situaciones en los que no se había pensado. Toda la moderna teoría de juegos, que no hace sino seguir la experiencia tradicional de las maniobras o juegos de guerra, y más modernamente de los juegos de negocios, consiste precisamente en imaginar situaciones y desarrollarlas como si fuesen reales. Bien es verdad, sin embargo, que los científicos sociales nos encontramos limitados por la dificultad de realizar experimentación controlada; en efecto, mientras el científico físico-natural puede provocar y manipular un experimento real en su laboratorio, el científico social no puede provocar un terremoto para estudiar el comportamiento colectivo resultante. Pero el científico social puede estudiar esos fenómenos cuando se producen de manera natural, y por ello, a falta de experimentación controlada, puede acudir a la investigación empírica controlada, que es casi igual. Un programa de defensa de la comunidad, por tanto, además de los programas educativos e informati-

vos ya mencionados, debe también mantener un programa de investigaciones empíricas controladas que le proporcionen los datos sobre este tipo de comportamientos colectivos.

Finalmente, quisiera decir que el papel de los sociólogos es a veces difícil, como lo demuestra la propia historia de la sociología, pues la realidad que tiene que describir y explicar, como científico, es una realidad viva, con capacidad de respuesta, y que a veces no se deja estudiar. Si el sociólogo quiso en ocasiones jugar a consejero de príncipes, siendo un aliado del poder, en otros momentos históricos ha querido jugar el papel de alienado, y crítico del poder establecido. Yo siempre he creído que la función principal de la sociología, como ciencia, es la de intentar iluminar a la opinión, es decir, ayudar a que la propia sociedad tome conciencia de su realidad, lo cual no significa exactamente adoptar una pretendida postura de neutralidad, tan difícil de conseguir, por otra parte. El sociólogo, como intelectual, se encuentra en ocasiones atrapado en un dilema difícil de resolver, pues, como dice Fougeyrolles, "si se vincula sin reservas a una causa, se encontrará en camino de traicionar las exigencias de verdad y de universalidad que son consustanciales a él. Si retorna a la libertad después de un tiempo de vinculación, se le tendrá ^{como} renegado por los censores de la política. Si se niega, por último, a toda vinculación y a todo compromiso, se le tachará de asexualidad cívica".